

TERCER PREMIO

«En el centenario del heroico sacrificio
del Regimiento de Caballería
“Cazadores de Alcántara” n.º 14,
en la retirada de Annual (23 de julio de 1921)»

Don Francisco Ángel Cañete Páez
Comandante de Infantería retirado



EN EL CENTENARIO DEL HEROICO SACRIFICIO DEL REGIMIENTO DE CABALLERÍA CAZADORES DE ALCÁNTARA N.º 14, EN LA RETIRADA DE ANNUAL (23 DE JULIO DE 1921)

En este año 2021 se cumple el centenario de una gran tragedia militar acaecida en las agrestes tierras de nuestro antiguo protectorado en el norte de África, que vistió de negro luto a millares de hogares españoles e hizo que la palabra desastre revistiera con toda intensidad su cruda acepción terminológica. A reivindicar el honor y el heroísmo de nuestros soldados, representados por los del Regimiento de Caballería Cazadores de Alcántara n.º 14, van dedicadas las presentes y emotivas líneas

Francisco Ángel Cañete Páez

**Comandante de Infantería
retirado**

INTRODUCCIÓN

Corría el mes de julio de 1921. Las cabillas del Rif, sublevadas por un antiguo intérprete y traductor de árabe de la Oficina de Asuntos Indígenas de Melilla, Sidi Mohamed Ben Abd el Krim, El Jatabi (el siervo del Generoso), a quien

la generosa España ha distinguido con la Cruz de Caballero de la Orden de Isabel La Católica y dos Cruces del Mérito Militar, una con distintivo rojo y otra, blanco, están realizando un feroz ataque a nuestras posiciones de la zona oriental del protectorado. Abd el Krim, convertido en jefe de la belicosa cabila de los Beni Urriaguel, quiere expulsar de su territorio al «invasor» español para proclamar después la República del Rif y erigirse en presidente.

En un avance tan impetuoso como irreflexivo, pues parece ser que el general Fernández Silvestre,

comandante general de Melilla, le ha prometido al rey don Alfonso XIII llegar hasta la bahía de Alhucemas el 25 de julio, coincidiendo con la festividad del apóstol Santiago, patrón de España y del arma de caballería, las tropas españolas han conseguido llegar hasta Annual, pero han dejado atrás posiciones inconexas, aisladas, difíciles de defender y a las que hay que aprovisionar prácticamente a diario, sobre todo de un elemento tan primordial e imprescindible como el agua. Estas posiciones españolas, tras una defensa heroica de su guarnición, fueron cayendo una tras otra,

cual castillo de naipes, ante un enemigo muy superior en número y perfecto conocedor del terreno.

El día 21 de julio, perdidas las importantes posiciones de Abarrán e Igueriben, con la muerte de casi toda su guarnición (en Abarrán, el teniente de artillería Diego Flomesta Moya, herido grave, se deja morir de sed antes de enseñarle a los moros el manejo de los cañones)¹, el general Fernández Silvestre ha concentrado sus tropas en Annual y desde allí, cercada ya la posición por numeroso enemigo, reflexiona junto a su Estado Mayor sobre la posibilidad de establecerse en defensiva u ordenar la retirada en forma escalonada desde Annual hasta Drius y desde allí hasta el Batel y Tistutin, donde podrá evacuar a los heridos y enfermos para partir por el ramal del ferrocarril minero hasta Melilla, y esperar allí la llegada de refuerzos urgentemente solicitados, ante la gravedad del momento, a su compañero el alto comisario don Dámaso Berenguer Fusté. Pero la brillante estrella del general Silvestre, cuyos primeros resplandores aparecieron allá en las maniguas de Cuba, parece que está a punto de extinguirse y apagarse por completo en este caluroso día de julio de 1921, para envolver su oscuridad en fúnebres crespones a las fuerzas que mandaba y en doloroso luto a España entera.

Sobre las 11:30 horas de la mañana del día 22 de julio de 1921, tras una noche de reuniones continuas en la tienda del comandante general, este, muy afectado por los graves sucesos que presiente, ordena al fin la retirada y la evacuación de Annual. La salida se inicia y la tragedia se consuma. Los rifeños abren nutrido fuego sobre nuestros soldados y la desesperación, el pánico y el desaliento se apodera de la columna, lo que lleva a la desertión de la mayor parte de unidades indígenas que servían bajo nuestra bandera. Esforzándose en impedir esta insólita desbandada han caído con honor los coroneles Manella y Morales. El general Fernández Silvestre muere, no se sabe si suicidado o disparando su pistola desde el parapeto (aunque su cadáver nunca fue encontrado), y la palabra *desastre*, en esta ocasión, reviste con toda intensidad su cruda acepción terminológica.



Expediente para la concesión de la Laureada Colectiva de San Fernando

**23 DE JULIO DE 1921.
RETIRADA DESDE DRIUS
HASTA EL BATEL Y HEROICO
SACRIFICIO DEL REGIMIENTO
DE CABALLERÍA CAZADORES
DE ALCÁNTARA N.º 14 AL DAR
PROTECCIÓN A LA COLUMNA**

Enterado de la muerte del general Silvestre, el general de brigada de caballería don Felipe Navarro y Ceballos-Escalera, barón de Casa Davalillo, 2.º jefe de la Comandancia General, asume el mando y concentra las dispersas tropas en Dar Drius para intentar desde allí la retirada a las sucesivas posiciones de El Batel y Tistutin, para enlazar posteriormente con Monte Arruit y esperar allí, en posición defensiva, la llegada de refuerzos urgentemente solicitados. A las tres horas del día 23 de julio, el general Navarro ordena la retirada hacia

la posición de El Batel, si bien preocupado sobremanera por el bajo estado moral de las tropas, con el consiguiente detrimento de la disciplina. De la protección de la columna encarga al Regimiento de Caballería Alcántara n.º 14, y tras la muerte heroica de su coronel, don Francisco Manella Corrales, ha tomado el mando el teniente coronel don Fernando Primo de Rivera y Orbaneja, ilustre jefe del arma de caballería, profesor de equitación militar y hermano menor del teniente general de sus mismos apellidos. Don Fernando sabe que la papeleta que le ha encargado el general es de difícil solución. En una palabra, el cumplimiento de la misión implica que el Regimiento se ha de sacrificar, si preciso fuere, en beneficio del resto de sus compañeros de armas. En el Regimiento, a nadie se le oculta la gravedad de la misión encomendada.



Figura a la carga de un sargento de Caballería del Regimiento Alcántara con la uniformidad de campaña de 1921. FERPRAD

Puesta en marcha la columna, escoltada por los escuadrones del Alcántara, nuestras tropas avanzan sin novedad, si bien, a poco de comenzar el avance, ya tiene el Regimiento que dar su primera carga, pues un pequeño convoy, con los heridos más graves, estaba siendo atacado por los harqueños. El teniente coronel manda cargar a uno de sus escuadrones, hace replegarse al enemigo, y consigue que el convoy se abra paso y llegue sin novedad a Melilla. Sobre las 16 horas, y tras una hora de marcha, la columna logra alcanzar el cauce del río Igán, que en este mes de julio baja completamente seco. Allí han tendido los moros una emboscada a la columna y de improviso el fuego rifeño se hace patente desde los montes y laderas cercanas. El enemigo, muy superior en número y crecido por la victoria sobre nuestras tropas en Abarrán, Igueriben y la muy reciente de Annual, ataca decidido sobre nuestros desmoralizados efectivos. El teniente coronel Primo de Rivera sabe que ha llegado la hora del sacrificio. El Regimiento entero sucumbirá, si es necesario, para que la

columna pueda progresar hasta alcanzar El Batel. Reagrupado el Regimiento, el teniente coronel manda que los escuadrones formen en línea de a cuatro, para acto seguido, con su voz fuerte y bien timbrada, arengar a sus soldados: «Ha llegado para nosotros la hora del sacrificio. Que cada cual cumpla con su deber. Si no lo hacéis, vuestras madres, vuestras novias, todas las mujeres españolas dirán que somos unos cobardes. Vamos a demostrar que no lo somos». A dos largos de caballo y a la izquierda del que monta el jefe, esperando con el clarín pegado a los labios, el jovencísimo «trompeta de órdenes» del Regimiento (no tendrá más de 14 o 15 años) espera la orden de este para dar los toques reglamentarios. Intuyendo que hoy va a ser un día de gloria para el Regimiento, ha adornado su clarín de mando con vestiduras de gala: en su anverso figuran bellamente bordadas las armas de la caballería y en el reverso, sobre fondo blanco, la cruz flordelizada de la Orden de Alcántara bordada en verde, que da nombre al Regimiento. El teniente coronel lo mira fijamente

y, compadecido quizás por su extrema juventud, le ordena retirarse a retaguardia junto al resto de la banda, pues no lo necesita, le dice, toda vez que mandará el Regimiento «a la voz». El joven trompetilla hace como que obedece y simula retirarse, pero en su mente resuena aún con fuerza la fórmula de su reciente juramento al estandarte, en lo que dice de «obedecer y respetar siempre a vuestros jefes, no abandonarles nunca...». Y si había jurado esto, ¿cómo iba él a «abandonar» a su teniente coronel en estos momentos de peligro? Jamás lo haría. Si no podía combatir como educando lo haría como soldado, pues ya dejó de ser un niño el día que vistió el honroso uniforme de la caballería.

Puesto el Regimiento al paso, el teniente coronel desenvaina y a la voz ordena a sus escuadrones: «¡Saquen sables!», y los sables de los jinetes del Alcántara brillan refulgentes cual rayos cegadores al salir de sus vainas, mientras golpean con sus espuelas los ijares de sus caballos para pasar al trote y alcanzar poco después el galope. De nuevo suena potente la voz del teniente coronel Primo de Rivera ordenando «¡Para cargar!». Y acto seguido da la voz ejecutiva: «¡Carguen! ¡Viva España!». Como un alud impetuoso, la masa de jinetes arremete contra los harqueños y recibe al descrestar un nutrido fuego de fusilería que hace aumentar el galope hasta convertirse en un huracán desenfrenado. El combate adquiere una fiereza descomunal. Las cargas se suceden, pero el enemigo es muy superior en número y además domina perfectamente el medio, y conoce palmo a palmo el terreno en que combate. Las bajas en los escuadrones empiezan a ser muy numerosas. Nuestro trompetilla de órdenes, con el clarín colgado a la espalda, clava las espuelas a su caballo y, combatiendo como soldado, su sable, al que su débil brazo le cuesta trabajo sostener, se abate terrible buscando una y otra vez el cuerpo del enemigo. Pero ahora, un golpe seco en el pecho, seguido de un fuerte dolor junto al corazón, le hacen tambalearse en el caballo al haber sido alcanzado por una bala rifeña. Derribado al fin, la vista se le nubla y a su mente acude la imagen de una bella mujer que le sonrío y le llama con cariño a su lado. La dama que así se le presenta en su mente febril no es otra que su madre, a quien nunca conoció. Después

la oscuridad, el vacío, la nada. El joven educando había dejado de existir. De su cuello aún pende su clarín engalanado, salpicado ahora por la sangre tan generosamente derramada.

Y las cargas se suceden. A estas alturas del combate, el Regimiento ha sufrido un gran quebranto (también las bajas de los rifeños son muy numerosas). Exhaustos jinetes y caballos por las cargas que llevan dadas, el tormento de la sed se hace insostenible. Una oscura costra formada por el polvo y el sudor surca el curtido rostro de los jinetes del Alcántara y denota bien a las claras las varias horas de feroz refriega soportadas bajo el ardiente sol africano. El desánimo parece que empieza a cundir entre los soldados. Y es en estos momentos de suprema angustia cuando el teniente coronel Primo de Rivera, erguido majestuosamente sobre su caballo Vendimiar, un magnífico ejemplar español pura sangre que el ilustre jefe maneja con singular maestría, arenga de nuevo a sus soldados y les pide un postrer sacrificio: el Regimiento va a dar su última carga (la octava), si bien, y dado el grado de extenuación de jinetes y caballos, se va a producir un hecho histórico en los anales de la caballería: el Regimiento, altamente disminuido por el gran número de bajas, va a dar esta última carga con los caballos ¡Al paso! Al frente de su sección montada, un jovencísimo alférez de complemento, que ha pedido marchar voluntario a la campaña de Melilla, espera henchido de patrio ardor esta postrera voz de mando de su teniente coronel, y al recibirla carga una y otra vez sobre el enemigo. Al resultar ileso, resistió después un asedio extremadamente duro defendiendo el aeródromo de Zeluán, donde resultó gravemente herido, quedó prisionero y sufrió un largo y penoso cautiverio de un año y medio en las mazmorras del Rif. Su nombre: Juan Maroto y Pérez del Pulgar, marqués de Pozoblanco, y su heroísmo premiado por el rey don Alfonso XIII, que lo recibió en palacio después de su liberación y lo ascendió a teniente de complemento de caballería.

Llegamos ya a la última y decisiva fase de este memorable combate. En la extrema retaguardia se encuentra formada a caballo la banda regimental, integrada por 13 jovencísimos educandos

y al mando del suboficial maestro de banda del Regimiento. Se encuentran también formados en retaguardia los tres oficiales veterinarios, junto al capellán y al teniente médico, enfrascado el páter en reconfortar espiritualmente a los soldados moribundos y esforzándose el médico en curar a los heridos y aliviar sus sufrimientos, todo ello bajo el fuego enemigo y con los precarios medios clínicos de que dispone. Enardecidos por la vibrante arenga de su teniente coronel, carga por última vez «al paso» el Regimiento, que se adentra con brío entre las zarzas y parapetos de los rifeños bajo una lluvia de encendidas balas. Muchos de los jinetes caen derribados en tierra y aún se defienden, sable en mano, del enemigo que les rodea. Atentos a la arenga del jefe del Regimiento, y expectantes ante el cariz que está tomando la desigual pelea, los tres alféreces veterinarios (*veterinarios terceros*, en la denominación oficial)

saben que ha llegado también para ellos la hora del sacrificio. Pese a ser oficiales facultativos (sin mando de armas), tienen profundamente arraigado el sentimiento de que, por encima de todo, son oficiales del Regimiento Alcántara que, en esta tarde del 23 de julio, y en estos momentos de gravísimo peligro para su Regimiento, van a intentar conciliar lo aprendido en sus respectivas facultades de Veterinaria, con la asignatura sublime del amor a España representada en la defensa del glorioso estandarte del Regimiento. Y así, transformados en un momento en oficiales de caballería, intentan cubrir las numerosas bajas de sus compañeros del arma, cargando con brío contra las posiciones rifeñas. Esa tarde, el cuerpo de veterinaria militar se cubrió de gloria merced al valor y al arrojo de tres de sus más modestos representantes: los alféreces don José Montero, don Vidal Platón Bueno y don Eduardo Caballero



Educandos de Banda y Trompetas, del Regimiento de Caballería "ALCANTARA" n°14, caídos por la Patria, en los trágicos combates del 23 de Julio de 1921, en la Campaña de Melilla.

- Rafael Cantalejo Sánchez
- Ángel García Domínguez
- Manuel González Ubeda
- Gaspar Hernández Vieco
- Amadeo Infantes Torralba
- Ramón Pallarols Alongay
- Juan Quiroga Gallego
- José Ruiz González
- Antonio Sánchez Fernández
- Julio Saucedo Olmos
- Ángel Torcal Ruíz
- Miguel Corner Barrachina
- Fernando de Vega García

Caídos por la Patria en combates del 23 de julio de 1921

Morales, ofrendando estos dos últimos su vida a la patria al morir heroicamente en la acción de tan señalado día. Y el combate llega a ser en extremo angustioso, hasta el punto de que los 13 educandos-niños de la banda, con su maestro al frente y convertidos en verdaderos soldados de caballería, cargan también contra los rifeños, y perecen todos en este supremo acto de valor heroico. Al fin, los esfuerzos de Primo de Rivera y el brío y el tesón puesto de manifiesto por los bravos soldados y oficiales de Alcántara se ven culminados con el éxito. Duramente quebrantados los rifeños por el férreo castigo infligido por nuestros soldados, se ven obligados a ceder ante el terreno replegándose.

Cumplida la misión, cuando ya las sombras de la noche se han hecho patentes sobre el límpido cielo africano, los mermados escuadrones se van incorporando poco a poco hacia

la posición de El Batel, donde ya la columna del general Navarro había logrado alcanzar la posición, a costa, eso sí, de la casi total destrucción de sus hermanos de caballería. Al anochecer de aquel fatídico 23 de julio de 1921, el Alcántara había dejado de ser un regimiento, pero el libro de la historia le abriría desde entonces una de sus más brillantes páginas.

No tardó el teniente coronel Primo de Rivera en acudir al encuentro de sus soldados caídos sobre las ardientes arenas marroquíes. Milagrosamente ileso en los combates del día 23 de julio, sin embargo, tan solo unos días más tarde, el domingo 30 de julio, cuando se encontraba sobre el parapeto colaborando activamente en la defensa de la posición de Monte Arruit, una granada de cañón le destrozaba un brazo que un cirujano militar tuvo que amputarle sin anestesia ni material adecuado (parece

ser que utilizó para la amputación una navaja de barbero y un hacha de carnicero), pero declarada la gangrena entregó su alma a Dios en la mañana del día 5 de agosto de 1921. Recuperado su cadáver durante la reconquista llevada a cabo por las tropas españolas, fue trasladado a Madrid y recibido en la estación de Atocha con los máximos honores militares, presidiendo el duelo el rey don Alfonso XIII, que, muy emocionado, puso sobre el féretro del heroico teniente coronel la Cruz Laureada de San Fernando. Y a buen seguro que, al verle llegar por los confines del Cielo, el centinela celestial daría la voz de ordenanza «Guardia, a formar, el teniente coronel». Y allí, sobre la celeste bóveda, sonarían con fuerza los dos puntos de trompeta (reglamentarios para recibir a un teniente coronel con la guardia formada), tocados con toda la fuerza de sus pulmones etéreos, por aquel educando casi niño, que ahora sonreía feliz por haber vuelto a encontrarse con su teniente coronel.

EPÍLOGO EMOTIVO

El heroísmo demostrado por los jinetes del Alcántara en el período de tiempo comprendido entre el 22 de julio y el 9 de agosto de 1921 fue tan palpable y elocuente que de inmediato se elevaron voces muy acreditadas para que al citado Regimiento le fuese concedida la Cruz Laureada de San Fernando Colectiva. A tal fin, con fecha 1 de julio de 1922, se dio inicio por el Juzgado Permanente de la Comandancia General de Melilla del expediente para la concesión de tan preciada recompensa, bajo la dirección del juez instructor Ilmo. Sr. teniente coronel de infantería don Manuel Lorduy Dini. Pero las declaraciones, citaciones y demás diligencias judiciales que se reflejan en el expediente (un impresionante tomo de 564 folios) se van demorando en el tiempo, hasta el punto de que habrían de transcurrir 12 largos años para que, al fin, con fecha 19 de marzo de 1934, se diese por concluido y se remitiese al Consejo Director de la Orden de San Fernando, con propuesta favorable de Ilmo. Sr. juez instructor, en la que se informaba de que «en pocos casos como el presente está tan claro el derecho a tan preciada recompensa como el del Regimiento Alcántara». Sin embargo, y por causas que se desconocen, el

**SONETO ESCRITO EN HOMENAJE A LOS
HEROICOS SOLDADOS DEL REGIMIENTO DE
CABALLERÍA "CAZADORES DE ALCÁNTARA"
Nº 14, Y A SUS NOBLES CABALLOS, QUE SE
SACRIFICARON POR LA PATRIA, EN LA TARDE
DEL 23 DE JULIO DE 1921.**

A LOS CABALLOS DE ALCÁNTARA

ERAN POTROS AQUELLOS DE LA ESPAÑA, CORCELES
DE HIRSUTAS CRINES LARGAS Y RUDO GALOPAR
PARA LUCHAR TRAÍAN SUS PECHOS POR BROQUELES
Y TODA LA LOCURA DEL NERVIO EN EL IJAR.

HUBIERAN BIEN LLEVADOS LOS BLANCOS ALQUICELES
DE LOS JINETES BRAVOS DE LA GUARDIA REAL
SI NO HUBIERAN NACIDO PARA TASCAR LAURELES
MOJADOS POR LA SANGRE DEL ARDUO BATALLAR.

UN DÍA DE TERRIBLE REFRIEGA, LOS SOLDADOS
LA ORDEN ESCUCHARON DE ¡ALCÁNTARA A LUCHAR!
Y TRAS EL JEFE INVICTO LANZÓSE EL ESCUADRÓN.

SANGRIENTO FUE EL COMBATE; Y AL FIN DE LA PELEA
SOBRE EL EXCELSO CARRO DE PALAS-ATENEA
EL AURA DE LA GLORIA "ALCÁNTARA" LOGRÓ.



FRANCISCO ÁNGEL CAÑETE PÁEZ
COMANDANTE DE INFANTERÍA



Soneto a los heroicos soldados y a sus nobles caballos (23 de julio de 1923)



Carga del Alcántara por Ferrer Dalmau

Consejo Director de la Orden no llegó a pronunciarse sobre la concesión ni elevó el expediente al ministro de la Guerra para su aprobación.

Han pasado nueve largas décadas desde que se inició el expediente de concesión de la Laureada Colectiva al Regimiento Alcántara y es a partir del año 2010 cuando el general de Ejército, Excmo. Sr. don Fulgencio Coll Boucher, jefe del Estado Mayor del Ejército, impulsa la continuación del expediente (interrumpida desde 1934), que se concluye con la aquiescencia del ministro de Defensa don Pedro Morenés Eulate y la posterior aprobación por el Consejo de Ministros en Real Decreto 905/2012, de 1 de junio (Boletín Oficial del Estado n.º 132, de 2 de junio), por el que se le concede al Regimiento de Caballería Cazadores de Alcántara n.º 14 la Cruz Laureada de San Fernando Colectiva, «por los hechos protagonizados en las jornadas del 22 de julio al 9 de agosto de 1921, en los sucesos conocidos como *Desastre de Annual*,

donde dicha unidad combatió heroicamente protegiendo el repliegue de las tropas españolas desde las posiciones de Annual a Monte Arruit, hasta el punto de que las bajas sufridas fueron de 28 jefes y oficiales de un total de 32 y de 523 clases de tropa de un total de 685 en filas». El día 1 de octubre de 2012, en el Patio de la Armería del Palacio Real de Madrid, el rey don Juan Carlos I, en solemne ceremonia, impuso la corbata de tan preciada condecoración al estandarte del Regimiento de Caballería Alcántara, que en la actualidad ostenta el n.º 10 de los regimientos del arma. En el centenario de tan heroico comportamiento, ¡honor y gloria a tan distinguido regimiento!

NOTAS

1. Al teniente de artillería don Diego Flomesta Moya le fue concedida la Cruz Laureada de San Fernando por Real Orden de 28 de junio de 1923 (Diario Oficial n.º 142, con fecha 29 de junio de 1923).

BIBLIOGRAFÍA

- CAÑETE PÁEZ, F.Á.: La «última laureada». *Regimiento de Caballería Cazadores de Alcántara*. Con la colaboración de JUAN M. GUERRERO ACOSTA. Editorial Galland Books, Valladolid; 2012.
- Expediente para la concesión de la Cruz Laureada de San Fernando Colectiva al Regimiento de Caballería Cazadores de Alcántara n.º 14. Melilla (1922-1934).
- LEGUINECHE, M.: *Annual, 1921. El Desastre de España en el Rif*. Editorial Santillana, Madrid; 1996.
- LUIS MIGUEL, F.: *Morir en África. La epopeya de los soldados españoles en el Desastre de Annual*. Editorial Planeta, Barcelona; 2014.
- «Que las cifras hablen. Resumen de la actuación de este cuerpo, en el mes de julio de 1921». Imprenta del Regimiento de Caballería Alcántara n.º 14. Melilla; 1923.
- VV.AA. *España en sus héroes*. Editorial Orniograf, Madrid; 1969.■